

NOTA EDITORIAL

Con el presente número del *Boletín de Arqueología PUCP* nos complace entregar la tercera y última parte de las actas del IV Simposio Internacional PUCP, que llevó por título *Identidad y transformación en el Tawantinsuyu y en los Andes coloniales. Perspectivas arqueológicas y etnohistóricas*. Este número sale poco después del séptimo y con ello se ha podido recuperar parte de la periodicidad de esta publicación seriada y cumplir con el cronograma impuesto, a pesar de innumerables problemas menores y mayores que suelen involucrarse en una empresa editorial de esta magnitud. Aunque la cantidad total de las páginas apenas de los números 6 a 8 difiere del total de los números 4 y 5 (*Huari y Tiwanaku: modelos vs. evidencias*), se percibe una serie de diferencias que apuntan hacia mejoras generales.

Algunos cambios técnicos, sobre todo una homogenización estilística más estricta de los contenidos, han permitido una calidad enriquecida que pretendemos mantener en el futuro. Debido a problemas arrastrados en las preparaciones de los números anteriores y la experiencia acumulada desde hace ya siete años, hemos optado por incluir una detallada guía estilística preparada por el señor Rafael Valdez, responsable de la edición general (*cf.* este número). Esperamos que los futuros autores nos entreguen sus trabajos en la forma requerida ya que, con ello, se podrá racionalizar el tiempo de la publicación, ahorrar mucho tiempo y justificar que el *Boletín* se encuentra indizado desde el número anterior. Este trabajo, además, apunta hacia una orientación en la presentación de manuscritos de la especialidad de arqueología, los que han carecido de una normativa por mucho tiempo en el proceso de la producción de los libros de este campo.

El otro cambio se nota en una línea iniciada desde el primer número, pero que es más evidente en los números 6 a 8. Me refiero a la interdisciplinariedad en su perspectiva desde la arqueología hacia otras disciplinas. A menudo reclamada como necesidad ineludible en enfoques prácticos, metodológicos y teóricos, el ejercicio real en los países latinoamericanos, y en el Perú en particular, dista de este reclamo justificado. Aún en los casos en los que se postula su presencia, se observa con frecuencia que se confunde interdisciplinariedad con multidisciplinariedad o transdisciplinariedad. Sin afán de profundizar en esta problemática, el tema del simposio se centra en la fusión de los datos o enfoques etnohistóricos y arqueológicos relativos a los incas y las etnias involucradas en su complejo sistema político, y las transformaciones posteriores que afectaron ambas partes debido a la imposición de otro imperio: el español. Lo que llamo «fusión» tiene como requisito previo la compatibilidad de los datos, cuya naturaleza es distinta pese al tema general compartido. Esta compatibilidad se puede obtener por medio de la comparación. Sin embargo, no se la logra por medio de una simple aceptación de la veracidad de las fuentes escritas, aplicándolas acríticamente a la materialidad arqueológica, o desde una postura que critica a las fuentes como incompatibles con los datos arqueológicos. Tampoco se puede esperar avances significativos si se toman los datos arqueológicos como ilustraciones convenientes, pero no imprescindibles, de narrativas coloniales.

La interdisciplinariedad requiere un «lenguaje común» que permita la elaboración de enfoques compartidos, así como una colaboración y discusión sostenidas, en este caso, entre etnohistoriadores y arqueólogos. Este reclamo puede sonar algo extraño, ya que todos los colegas invitados lo suscribirían por el mero hecho de haber participado en el evento y de haber entregado sus trabajos para su publicación. La mayoría de las contribuciones que aparecen en estos tres números tratan de involucrar ambos lados, pero, en muchos casos predomina el aspecto arqueológico, a menudo desde un sitio o de una región circunscrita, otros son más específicamente «etnohistóricos». El tema específico, la identidad y la etnicidad, tópicos ampliamente discutidos en

la antropología y en muchas otras disciplinas afines, no han entrado con fuerza aún en la discusión de los Andes coloniales y precoloniales, ya que a menudo están teñidos de un aire indigenista dentro de las «arqueologías» nacionalistas latinoamericanas, más ligadas a una cierta estereotipia que prohíbe discernir los dinamismos immanentes. Pero en los numerosos trabajos incluidos en estos tres números se percibe la gran potencialidad de este enfoque: hay multitudes de aportes implícitos y explícitos cuya discusión pormenorizada no puede emprenderse ni en este marco y ni en las reflexiones finales (*cf.* Kaulicke, este número). En este sentido, me parece que la temática escogida se vislumbra como un camino que habrá que proseguir en el futuro.

Un tercer cambio es la «explosión» de otro enfoque, diseñado desde los inicios del *Boletín*. Me refiero a la «internacionalización» de la arqueología peruana por medio de cada edición del Simposio Internacional de Arqueología PUCP, que, con la excepción del primer número, forman las bases de esta revista. Con «internacionalización» no me refiero a una concentración preferencial en los colegas norteamericanos, cuyos proyectos suelen formar gran parte del conjunto de trabajos de campo que se están efectuando en territorio peruano, sino la inclusión de todos los colegas dedicados a estos estudios, sean latinoamericanos, europeos, asiáticos o australianos. En los primeros tres números (1997 a 1999) figuran 55 autores, más de la mitad peruanos, un 26% de norteamericanos (algunos con varias contribuciones) y un 20% de europeos. En los números 4 y 5 aparecen 66 autores, casi la mitad de ellos son peruanos y casi 41% son norteamericanos, además de algunos colegas de Argentina y de Chile. En los últimos números, la cantidad total de autores subió a 78; otra vez aparecen los colegas peruanos, representando a casi la mitad del total, pero el número de los europeos se triplica como también los países de su origen (Finlandia, Dinamarca, Inglaterra, Bélgica, Francia, Alemania, Italia y Polonia). Aún más significativo es el hecho de una participación más masiva de los colegas de Argentina y Chile (seis veces más que en los números 4 y 5). La necesidad de estrechar vínculos con colegas de otros países latinoamericanos llevó también a incluir a algunos de ellos en el Comité Editorial del *Boletín* (Linda Manzanilla [México], Myriam Tarragó, Verónica Williams [ambas de Argentina] y Lautaro Núñez [Chile]). En forma constante, por parte del Japón han participado desde el primer número cuatro arqueólogos, dos ingenieros civiles y un etnohistoriador. Pero no es solo la cantidad de participantes la que conviene destacar, sino también su calidad. No quiero nombrarlos en esta ocasión, ya que no hay necesidad de presentarlos y una ojeada a los índices bastará. Es evidente que estas condiciones constituyen un foro importante que rompe las limitaciones nacionales o nacionalistas y posibilita diálogos fructíferos. Es una gran satisfacción que esto sea posible en el Perú como alternativa a eventos comparables que suelen llevarse a cabo en Estados Unidos o en Europa.

Sin el afán de repetir lo que se publicó en las primeras dos notas editoriales, queda por presentar el contenido de este número. De acuerdo al programa original (*cf.* Nota Editorial del número 6), los dos últimos temas por tratar eran los de las mesas redondas 5 y 6, que llevaban como título «Lenguaje, onomástica e identidad» y «Tecnología, identidad y memoria», respectivamente. El primer rubro reúne un conjunto de temas diversos. El primer trabajo, de la pluma de Rodolfo Cerrón-Palomino, se concentra en un problema crucial, la identificación étnica, en su supuesta equivalencia con un idioma específico. A diferencia de la opinión general de que los incas representaban algo así como los quechuhablantes «puros por excelencia», Cerrón-Palomino demuestra que ellos hablaban el aimara, usaban también el puquina y adoptaron el quechua en una fase tardía de su política de expansión. Es un buen ejemplo de muchos otros casos que reclama la presencia de lingüistas en la discusión de la atribución lingüística, la que dista mucho de ser un problema de fácil solución. Demuestra también que las lenguas no son estáticas y que la distribución espacial de dialectos o idiomas cambia con el tiempo y no excluye movimientos considerables de poblaciones. María Rostworowski, una de las defensoras más fervientes de los trabajos interdisciplinarios entre etnohistoria y arqueología, se ocupa del tema de las relaciones entre Wari y los incas, tocando un tema de gran relevancia, pero poco tratado a profundidad hasta ahora (*cf.* Kaulicke, este número).

Hidefuji Someda se ocupa de otro tema de mayor relevancia, el de los «incas de privilegio», etnias que se incorporan en la sociedad incaica antes de la fase expansiva, en la que ocupan un papel preponderante. Es, con otras palabras, un problema de etnogénesis que parece ser un proceso complicado, con transformaciones a cuya solución podría aportar la arqueología, aunque ni los datos etnohistóricos ni mucho menos el material arqueológico constituyen una base sólida aún. Frank Salomon ofrece un aporte que usa la etnografía actual de Huarochirí y sobre el que existe documentación colonial. La etnografía, en la actualidad, apenas está empleada en la construcción de hipótesis dentro de una perspectiva comparativa. El ejemplo de Salomon, al lado de otros trabajos publicados por él, demuestra la validez de este enfoque, ya que aporta otros aspectos relacionados a términos quechua de la Colonia y de tiempos precoloniales interpretados desde ángulos puramente económicos. En una contribución sumamente interesante, Thérèse Bouysse-Cassagne se ocupa de la minería en tiempos incaicos y en la Colonia. Lejos de tratarse de otro tema «económico», ella demuestra la necesidad de indagar sobre conceptos y prácticas dentro de un universo ideológico muy complejo, en el que se captan paralelos con las creencias europeas de la época. Estos paralelos no se deberían confundir con sincretismo, mestizaje, aculturación o términos afines, ya que estos no captan la complejidad intrínseca en una discusión comparativa entre lo «europeo» y lo «andino» gracias a la amplia documentación disponible. Es un excelente ejemplo de la posibilidad de llegar a comparaciones fructíferas que aportan a la arqueología de un modo esencial, como contempla también el papel de la arqueología en este tema. Sabine MacCormack se encarga de discutir las complejidades de las identidades negociadas en el caso de Paullu Topa Inca, que es otro camino para definir identidades: el estudio de las biografías (*life histories*). Sandra Sánchez, fallecida trágicamente aún antes de poder participar en el IV Simposio, pudo entregar su trabajo. Ella se ocupa de identidades y etnicidades en el noroeste de Argentina y las dificultades de sus definiciones respectivas desde las interpretaciones de las tempranas fuentes escritas. Waldemar Espinoza presenta otro caso de unas etnias de la serranía de Piura, lo que intenta reconstruir sobre la base de fuentes históricas. Toca también el problema vinculado con los mitmas a lo largo de su historia hasta el Virreinato.

Si en esta primera parte predominan los aportes que confían enteramente en las fuentes escritas, la segunda de nuevo se concentra más en la materialidad, su producción y su significado desde una perspectiva más arqueológica. Paloma Carcedo, Luisa Vetter y Magdalena Diez Canseco ofrecen un estudio pormenorizado de un grupo de vasijas de plata que se vinculan con mitos de la costa central, y de Pachacamac en particular, pero enfocan sus características tecnológicas. Es curioso que los pocos contextos conocidos en los que aparecen estas piezas se deben básicamente a Uhle. Los siguientes tres artículos tratan de evidencias del noroeste de Argentina. Luis González y Myriam Tarragó se concentran en las evidencias preincaicas e incaicas del valle de Yocavil, en particular en lo que concierne a la metalurgia y la alfarería. Verónica Williams ofrece un panorama más amplio y enfatiza el papel de la ocupación inca en relación con las etnias del Kollasuyu al enfocar la arquitectura y la cerámica como símbolos de poder. Conviene destacar la aplicación de análisis de pastas con el fin de determinar sus lugares de producción. Rodolfo Raffino, Christian Vitry y Diego Gobbo presentan el caso de una etnia, los chichas, al contrastar la información etnohistórica con la arqueológica. Jean-Pierre Protzen y Craig Morris estudian un conjunto arquitectónico como resultado parcial de un proyecto mayor: el sitio de Tambo Colorado, en el valle de Pisco. Un análisis pormenorizado de la arquitectura se combina con los colores aplicados y relativamente bien conservados, lo que permite algunas interpretaciones preliminares. Los últimos tres artículos se ocupan del tema de la memoria a través de estudios relacionados con el calendario (Zuidema), los khipus (Urton) y los tocapus (Eeckhout y Danis). Todos estos aspectos tienen una relevancia particular y ya han sido tratados de diferentes maneras con resultados divergentes y por medio de discusiones a veces apasionadas. Tom Zuidema está preparando una publicación mayor sobre el calendario inca, la que será una contribución sumamente significativa y necesaria. Por su parte, Gary Urton está trabajando con los khipus dentro de un proyecto mayor que ya ha producido una serie de artículos y libros fuera del trabajo presentado aquí. Los tocapus, en cambio, no han merecido estudios

mayores en los últimos tiempos, por lo que se requiere un enfoque más sistemático que sirva en análisis comparativos; el aporte de Eeckhout y Danis es un paso hacia este camino (cf. Kaulicke, este número).

Identidad, etnicidad e imperios pretende ser un conjunto de reflexiones finales sobre los tres números publicados. Por varias razones, me vi obligado a redactar este aporte sin mis coeditores. Esto implica, por supuesto, que mis ideas no necesariamente concuerdan con las de mis colegas. No he tratado tampoco de sintetizar los avances particulares de las contribuciones, sino presentar un panorama más global en el que me concentro en los problemas que aún impiden la elaboración de una visión integradora, basada en comparaciones que, a su vez, podrían llevar a comparaciones con fenómenos extraandinos. Estos problemas tienen una trayectoria histórica larga en la que la arqueología no juega el papel que debería ocupar por su característica de ocuparse de fuentes esencialmente independientes de las fuentes escritas. La identidad y la etnicidad como conceptos podrían permitir una teorización de las dinámicas inter-, intra- y extrasociales al matizar diferencias en vez de similitudes en diacronías largas que conectan con el presente y negociaciones de identidad en vez de oposiciones esencialistas y supuestamente insuperables entre el «yo» y el «otro».

Este tomo finaliza con un conjunto de cuatro notas de carácter arqueológico sobre evidencias en la costa norte del Perú (Alejandra Figueroa, Frances Hayashida y Sandra Téllez) y la costa surcentral (Miguel Guzmán y Emily Baca). Como ya queda mencionado, se ha incluido la Guía Estilística del *Boletín*, que explica su normativa, y ha sido preparada por Rafael Valdez.

Ya que se cuenta con tres notas editoriales en el conjunto de estas actas, los agradecimientos, por necesidad, se dirigen a las mismas personas que quiero enumerar nuevamente sin repetir en forma detallada las razones de mi gratitud. En definitiva, estos logros son, básicamente, la suma de una gran cantidad de esfuerzos convergentes. En primer lugar, a mis coeditores y coorganizadores Gary Urton e Ian Farrington y a los más de 80 participantes y/o autores del IV Simposio y sus actas, así como los casi 400 inscritos en el evento de agosto de 2002, hecho que ha convertido a este encuentro y la publicación de sus resultados en sendos éxitos. La doctora Patricia Harmann y un grupo de 15 estudiantes y técnicos (véase Nota Editorial del número 6) ayudaron en la organización de esta edición del Simposio como de otras anteriores. Para asegurar la apropiada preparación de todo lo necesario para la marcha, nos brindaron significativos apoyos económicos la señora Lynne Roche (Embajada de los Estados Unidos), el doctor Jean Vacher (Instituto Francés de Estudios Andinos), el señor Enrico Brandt (Embajada de Alemania) y el doctor Krzysztof Makowski (anterior Jefe del Departamento de Humanidades PUCP).

En la preparación de los tres números (6 a 8) destaca el trabajo extraordinario del señor Rafael Valdez, responsable de la edición en general del *Boletín de Arqueología PUCP* desde sus inicios. Su esfuerzo notable se refleja también en el éxito de esta revista a nivel internacional, su mejora técnica y presentación general, así como sus logros consecuentes. También se tuvo el apoyo del Departamento de Humanidades en la persona de su anterior Jefe, el doctor Krzysztof Makowski, así como de la actual, la doctora Pepi Patrón. Por otro lado, el proyecto de las actas del IV Simposio era la mayor empresa que se acometía desde el primer número, por lo que en este trabajo se contó con la ayuda de un grupo de 11 estudiantes que participaron en los trabajos de uno o varios números. En este volumen colaboraron Gabriela Cervantes, Lucy Gutiérrez, Carla Hernández, Ursula Muñoz, Adela Passano y Lucía Watson. De parte del Fondo Editorial PUCP contamos con el apoyo eficiente de la Directora Gerente, la señora Annie Ordoñez, la doctora Estrella Guerra, Jefa de Edición de dicha unidad, así como del señor Oscar Hidalgo. A todos ellos, como a muchas personas más que han intervenido directa o indirectamente, les expreso mi más profundo agradecimiento.

PETER KAULICKE